

náufrago triste, yendo á la muerte,  
mira el informe montón inerte  
donde él sin vida caía después.

Nada á lo lejos que dé esperanza,  
siempre insondable la lontananza  
siempre una costa sin columbrar,  
nada á la vista que dé consuelo,  
siempre por cima pálido el cielo,  
siempre delante trémulo el mar...

Vaivén siniestro como el que al hombre  
empuja al seno de algo sin nombre,  
de olas y vientos entre el fragor  
angustia en torno, bruma tupida,  
cielo sin iris, como la vida,  
mar sin riberas, como el dolor...

En vano inóvil el barco al fondo  
y del abismo rugiente y hondo,  
átomo frágil yendo á merced,  
turbia mirada tal vez volviendo,  
querrá una playa buscar, sintiendo  
de dulces aguas la ardiente sed.  
En vano débil para acallarla,  
será que luche por aplacarla  
ya ante el destino sin fe ni ardor:  
vano que luche con su agonía,  
sólo la inmensa muda ironía,  
de lo insensible viendo en redor...

En vano, en vano desfalleciente  
será que, en torno, buscar intente  
agua que sacie su intenso afán;  
¡vanas angustias! ¡inútil prueba  
yendo á la muerte, beba ó no beba,  
la red ó el agua lo matarán...

Y nada en tanto que dé esperanza;  
siempre insondable la lontananza  
de olas y vientos entre el fragor...  
angustia en torno, bruma tupida,  
cielo sin iris, como la vida;  
mar sin riberas, como el dolor...

José Almedros Camps.

## REVISTA CIENTÍFICA

*Detalles principales.—En Grafología.—Allen.—Dossy.—Supresiones.—Espacio y de prisa.—Lo nuevo.—Trazos.—Los puntos.—El levantar la mano.—Lo que se tarda en puntear.—Los acentos.—Lo más difícil.*

Muchas veces, un detalle de esos que nada indican para la generalidad de las personas, puede dar para el docto la guía segura que le conduzca al conocimiento de una verdad.

En la ciencia grafológica, especialmente por lo mismo que es exacta, la menor desviación de un trazo, la letra sin acabar de estamparse, la supresión de un tilde, una coma, un apóstrofo ó un punto, basta para indicar no ya el estado de ánimo de una determinada persona cuando escribe, su situación en aquel momento, etc., sino hasta su temperamento y carácter normales.

Sobre estas interesantísimas cuestiones, versa el notable folleto de Alleu-Dossy, nieto del famoso Alleu-Kardec, recientemente publicado y que está dando origen á curiosas polémicas entre los que se dedican al estudio y progresivo desarrollo de la grafología.

Todo este trabajo versa sobre las *supresiones* de signos en la escritura, para que ésta fuera correcta y en él se clasifican aquéllas de un modo sumamente nuevo y original.

Desde luego, sin tener los menores rudimentos grafológicos, cualquiera puede comprender que no se hace la puntuación ni se acentúan las palabras cuando se está muy de prisa como cuando se está despacio.

Ahora bien, ¿puede algo más revelar que la diligencia en el escribir las supresiones? He aquí la parte más interesante y nueva del trabajo indicado.

Desde luego, el docto profesor contesta afirmativamente á la pregunta.

Prescindiendo de mayores y más prolijas observaciones y concretándonos á aquellas que sólo se refieren á los puntos, diremos que, según asegura este ilustre profesor, la supresión de los puntos no indica nervosidad como pudieran indicarla los trazos horizontales de las *ies*, ni siquiera rapidez, sino un carácter eminentemente práctico y económico.

En efecto, aun estando despacio el sujeto que escribe, el levantar la pluma para elevarla sobre la parte superior del renglón para marcar un punto ó varios (en la *i* y en la *crema* ó diéresis, etc.) implica gran pérdida de tiempo y un desgaste enorme de energía muscular en una escritura larga, tanto mayores una y otro si como generalmente acostumbramos á hacer la mayoría de las personas, el punto no se coloca sobre la letra correspondiente, hasta después de haber sido escrita por completo toda la palabra, que suele hacerse sin levantar la pluma del papel, enlazando una letra á otra por medio de los rasgos.

La razón de esto último, es sencilla y es la de que la distancia entre la letra final de la palabra y una *i* colocada al medio ó al principio de aquélla es mayor que la que existe entre la parte inferior del signo y los puntos que la completan.

Calculábase que un hombre que escribe durante cinco horas diarias, emplea por término medio unos veinte minutos en colocar los puntos. Si á esto se añaden los acentos y las tildes de las *enes*, resulta próximamente unos cuarenta minutos.

Una observación curiosa para terminar: está probado que aun cuando ocupan menos espacio, retarda más en hacer un punto que un acento, por la tendencia que la mano tiene en el primero á redondear, mientras que en los segundos sólo basta dejar caer la pluma ó el lapiz y bajarlo un poco vertical ú oblicuamente para que resulte el acento.

Es decir, que entre unos y otros, siempre es más difícil «poner los puntos sobre las *ies*.»

El Conde de Nely.

## ¿TE ACUERDAS?

Mi mirada esquivando pudorosa,  
dirigiste los ojos hacia el suelo,  
y de casto rubor purpúreo velo  
un instante cubrió tu tez preciosa.

Se trocó de cobarde en valerosa  
mi actitud, que alentaba el propio anhelo,  
y con galanas frases un consuelo  
pedí para mi alma á tu alma hermosa.

La súplica causóte impresión tanta,  
que, al querer contestarme no pudiste  
ni un sonido arrancar á tu garganta.

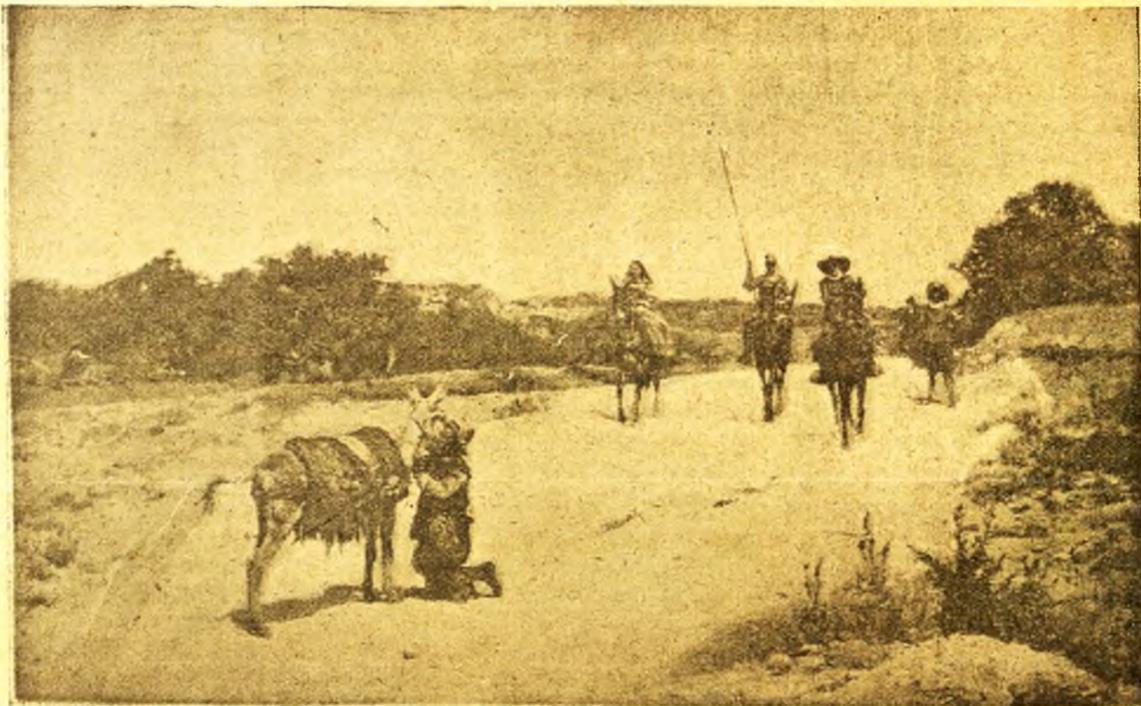
Yo, tenaz, insistí... Te sonreíste,  
luego llegaste á mí con torpe planta,  
y... ¿te acuerdas del beso que me diste?

Rogelio G. Rendueles.



Una bailarina. —Balmiello, El. N.º 103, 8/7/1900.

## NOTA ARTÍSTICA



Una escena del Quijote.—Cuadro de Moreno Carbonero.

## POR AMBOS MUNDOS

### El color del rostro.

*Declauss.—Compruébese.—Manos y cara.—El alma.—Enfermedades.—Sentimientos.—El carácter reflejado.—Razas.—¿Indiferente?—Hermanos, pero distintos.—Nuevo aparato.—Al segundo.—De seguro.*

Por lo visto, y leído durante estos últimos días en las publicaciones científicas de mayor renombre del mundo, á lo sabios les ha dado ahora por estudiar el rostro humano hasta en sus menores detalles, y á los estudios de Full-ton y Gay acerca de la nariz y los ojos, y los más recientes acerca de la expresión en la mirada, el lloro, etc., han sucedido los que se refieren al color de la cara.

Sostienen, no sin razón, pues es hecho fácil de observar en uno mismo, los defensores de las doctrinas científicas de Declauss, que nunca el color de los tejidos de la cara es el de los otros que componen la superficie del cuerpo humano. Y no cabe decir que esta distinta coloración pueda obedecer á que yendo siempre el rostro al descubierto su tejido se curte y su *pigmentum* se modifica por las influencias del aire y los agentes exteriores, porque también las manos van generalmente descubiertas y en contacto directo con la atmósfera, y sin embargo, el color de la piel de aquéllas y el de la cara son bien distintos en la mayoría de las personas.

La más original de estas teorías es la que explica aquel color por la influencia del carácter y estado de ánimo del sujeto.

Así como hay enfermedades que dan á los tejidos del semblante una coloración especial (amarilla, la ictericia; verdosa, los males de hígado; roja, las erupciones antes de brotar, etc.); y de igual modo que determinados estados completamente anímicos colorean de diferente manera la faz humana (el rubor y la vergüenza, de rojo; la ira, de amarillo; el espanto y el terror, de blanco, etc.); así también el carácter psíquico de una persona cualquiera puede revelarse, y desde luego se revela, en el color de la piel de la cara del sujeto.

Claro es que en este punto hay que distinguir el color de la raza á que el sujeto de que se trata pertenece; pero siempre dentro de los individuos de la raza negra, de los de la caucásica, y de los de la amarilla ó de la cobriza ó malaya, se podrán observar *relativa*, pero claramente, los mismos fenómenos que en la raza europea, tenida siempre en cuenta la totalidad dominante del color natural ó «indiferente» del sujeto.

La misma diferencia del color en las razas y el color heredado, lo mismo que se hereda el carácter y las aficciones, viene en apoyo de

la teoría á que nos referimos; pues demuestra entre un blanco y un negro, por ejemplo, aparte toda la igualdad jurídica, la gran diferencia de carácter, resistencia y aptitud que existe entre uno y otro.

En tan curiosos trabajos se llega á asegurar que todos, absolutamente todos los sentimientos y estados psicológicos del individuo, se revelan en el rostro más que por contracciones musculares, por el di-tinto matiz que cada uno de aquéllos da al semblante, y el mismo Declauss estudia la confección de un aparato no muy complicado, según él, y que por ahora se denomina «espectro-fisionómico», con el cual aspira á que se puedan apreciar con gran precisión los cambios de color que una persona experimenta en un momento dado, que son innumerables—uno por cada segundo, próximamente—y que escapan en su mayor parte á la simple vista humana.

Según tales descubrimientos, no será difícil dentro de poco ver al hombre más frío y sereno ponerse de trescientos mil colores ante el aparato.

Profesor Leiner.

## MODAS

Esta sección está á cargo de la elegante Revista *La Última Moda*.



Traje para niña.—De linón moteado de tonos blanco y rosa, adornado con canesú y hombreras de linón blanco, plegados y enlazados por motivos de encaje.

Terminantemente prohibida la reproducción de los trabajos que insertamos.